

COLECCIÓN  
◆ DE POESÍA ◆  
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

# Ramón López Velarde

---

Poesía selecta

Selección y prólogo de Juan Villoro



Programa Universitario  
de Fomento a la Lectura



**Ramón  
López  
Velarde**



**Poesía selecta**

COLECCIÓN  
◆ DE POESÍA ◆  
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Ramón  
López  
Velarde

---

Poesía selecta

Selección y prólogo de Juan Villoro



Programa Universitario  
de Fomento a la Lectura



Miguel Ángel Navarro Navarro  
**Rectoría General**

Carmen Enedina Rodríguez Armenta  
**Vicerrectoría Ejecutiva**

José Alfredo Peña Ramos  
**Secretaría General**

Sonia Reynaga Obregón  
**Coordinación General Académica**

Patricia Rosas Chávez  
**Dirección de Letras para Volar**

Sayri Karp Mitastein  
**Dirección de la Editorial Universitaria**



Programa Universitario  
**de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2018

**Comité Editorial**

Hugo Gutiérrez Vega †  
Lucinda de Gutiérrez Vega †  
Marco Antonio Campos  
Jorge Souza Jauffred

**Autor**

Ramón López Velarde

**Selección y prólogo**

Juan Antonio Villoro Ruiz

**D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara**



EDITORIAL  
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria  
José Bonifacio Andrada 2679  
Colonia Lomas de Guevara  
44657, Guadalajara, Jalisco  
[www.editorial.udg.mx](http://www.editorial.udg.mx)

Julio de 2018

**ISBN 978 607 547 129 7**

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México  
*Made in Mexico*

# Estimado universitario:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer nuestro mundo, enriquecer nuestro espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara

tiene el propósito de poner a disposición de niños y jóvenes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

**Miguel Ángel Navarro Navarro**  
Rector General

# Índice

---

- 11 **Un poeta en minutos**
- 16 **A un imposible**
- 17 **La bizarra capital de mi estado...**
- 19 **Mi prima Águeda**
- 21 **A la gracia primitiva de las aldeanas**
- 23 **No me condenes**
- 25 **Hermana, hazme llorar...**
- 26 **Mi corazón se amerita**
- 28 **El piano de Genoveva**
- 30 **Para tus pies**
- 31 **Nuestras vidas son péndulos**
- 33 **Me estás vedada tú...**
- 35 **Que sea para bien...**
- 37 **Tenías un rebozo de seda...**
- 38 **El perro de San Roque**



- 40**    **Memorias del circo**
- 44**    **Hormigas**
- 46**    **La lágrima...**
- 48**    **El retorno maléfico**
- 51**    **Mi villa**
- 53**    **El campanero**
- 54**    **La tejedora**
- 57**    **El viejo pozo**
- 60**    **Te honro en el espanto...**
- 61**    **Si soltera agonizas...**
- 62**    **El sueño de los guantes negros**
- 64**    **Treinta y tres**
- 66**    **Ser una casta pequeñez...**
- 68**    **La suave Patria**

# Un poeta en minutos

---

JUAN VILLORO

Ramón López Velarde es el poeta más y mejor leído de México. Jorge Luis Borges solía recitar de memoria “La suave Patria”, Samuel Beckett lo tradujo, Octavio Paz lo estudió en uno de sus más luminosos ensayos, “El camino de la pasión”.

Nacido en 1888, en Jerez, Zacatecas, murió a los 33 años en la Ciudad de México. El presidente Álvaro Obregón le dedicó tres días de luto nacional y el ministro de Educación, José Vasconcelos, mandó imprimir una edición de 60 mil ejemplares de la revista *El Maestro* con el poema “La suave Patria”.

La fama póstuma del poeta ha aumentado hasta rozar el mito y convertirlo en personaje de novela. José Emilio Pacheco imaginó un encuentro entre su fantasma y el de Amado Nervo, Guillermo Sheridan escribió su biografía, Juan José Arreola recitó sus poemas en público y los grabó para la serie Voz Viva de México.

Los niños se pueden sentar al lado de su estatua en una banca de Zacatecas, pero López Velarde es mucho más que una efigie de bronce en la que se posan las palomas. Pertenece a la tradición sin haber perdido vitalidad. Su obra consta de tres libros de poesía (*La sangre devota*, *El son del corazón* y *Zozobra*), dos de crónica (*El*

*minutero* y *El don de febrero*) y notas sueltas de periodismo político y crítica literaria. Sin embargo, la interpretación de esas páginas ha demostrado ser inagotable.

Encandilado por la belleza, celebra el cuerpo femenino y respira ahí “la aromática vecindad” de unos hombros y “la quintaescencia” de una “espalda leve”. Xavier Villaurrutia lo describe como un peculiar maestro del olfato que alterna los provocadores aromas de la piel con las etéreas espiritualidades del incienso y el alcanfor.

Ramón se precipita en el amor como quien busca su destino al fondo de un pozo y advierte que la pasión puede ser el más extraordinario de los problemas. En sus versos, hay despedidas a la amada, confesiones culpables, elegantes muestras de despecho. Las emociones se mezclan en tal forma que la ruptura amorosa puede deparar un dolor placentero: a una novia le habla de “la refinada dicha que hay en huirte” (imposible saber lo que ella habrá pensado). No es causal que Jorge Cuesta lo considerara “el poeta más personal que en México ha existido”.

José Ramón Modesto López Velarde Berumen fue un enamorado crónico. Católico en crisis, decía que le iba muy bien con el Credo y muy mal con los Mandamientos. Se sintió atraído por Dios, pero también por el “barómetro lúbrico” de una “enagua violeta”.

Al menos cuatro mujeres aceptaron que las cortejara formalmente. Todas lo quisieron, ninguna se casó con él y las cuatro murieron solteras. Esto bastaría para

convertirlo en una leyenda romántica. Además, vestía de luto desde la muerte de su padre, ocurrida en 1908, cuando él tenía veinte años. Nunca fue dueño de un reloj ni de una casa. Tampoco conoció el mar. Viajó mucho, pero siempre a los mismos lugares: Jerez, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, la Ciudad de México. Su paisaje sentimental se define por esos sitios. Con calculada nostalgia, convirtió a la provincia en un edén perdido al que regresaría “con pies advenedizos” para evocar “el santo olor de la panadería”; el viejo pozo de la primera casa; la puerta del corral que al quedar abierta tres segundos provocaba “la invasión de las gallinas”; la plaza donde los jóvenes estrenaban trajes de domingo para cortejar al “perímetro jovial de las mujeres”. La Ciudad de México fue para él un laberinto de tentaciones, una región “ojerosa y pintada” donde los mejores espacios eran claustros íntimos y silenciosos, como una “alcoba submarina”.

La mayor parte de sus poemas fue concebida en un país amenazado por la metralla. La Revolución mexicana no encontró en él a un mero testigo de los hechos, sino a un comentarista dispuesto a cambiar la realidad. Abogado de profesión, fue candidato a diputado del Partido Católico, estuvo cerca de Francisco I. Madero y ciertos rumores le atribuyen haber contribuido a la redacción del Plan de San Luis. Arreola dijo que le tocó un México “estremecido” y “delirante”, es decir, no muy diferente al nuestro.

Casi un siglo después de su muerte, no ha dejado de ser leído. En Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí he conocido a personas que declaman sus versos de memoria y llevan alguno de sus poemas en la cartera.

Sus hallazgos literarios dependen de una singularísima mezcla del habla popular con metáforas fulgurantes. Me detengo en un ejemplo. Ramón decide escribir un poema en versos alejandrinos (de 14 sílabas) y comienza como quien inicia un corrido: “Yo tuve, en tierra adentro, una novia muy pobre”. Catorce sílabas después, debe encontrar una rima para “pobre” y da con esta singular solución: “Ojos inusitados de sulfato de cobre”. En sólo dos líneas traza la biografía de una chica provinciana con ojos azulverdes, como los ríos sulfatados de las regiones mineras. El primer verso es de una entrañable sencillez; el segundo, de una deslumbrante originalidad. Ambos condensan una poética donde lo cotidiano es un enigma insoluble. “Su empresa es mágica”, señaló Octavio Paz al referirse a la manera en que López Velarde descubre el valor oculto de las cosas, la “majestad de lo mínimo”, según observó el compilador de sus *Obras*, José Luis Martínez.

El universo velardiano está hecho de reveladoras minucias: monedas que caen “con un estrépito de plata”, el “contradictorio prestigio de almidón” que transmite el vestido de una prima, el prodigio natural de la “pecosa pera”, la “novedad campestre” de las nucas recién salidas de la peluquería.

Maestro del ritmo, el poeta se sirve incluso de los defectos del idioma y aprovecha las repeticiones (el “amor amoroso” de las “parejas pares”) como recursos sonoros. Sus adjetivos sorprenden por su inusitada exactitud. Cuando se refiere a la “gota categórica”, el lector percibe en esa esdrújula (“ca-te-gó-ri-ca”) la pausada caída del agua.

“La edad del Cristo azul se me acongoja”, escribió en su poema “Treinta y tres”, poco antes de morir. Cuentan que en la noche fatal se desveló con un amigo hablando de Montaigne, comenzó a toser, se sintió afebrado y regresó de madrugada a su modesto cuarto en Avenida Jalisco, que por justicia cívica y poética hoy lleva el nombre del presidente que memorizó “La suave Patria” y le rindió póstumo homenaje: Álvaro Obregón. Enfermo de neumonía, el 19 de junio de 1921, pasó de la vida a la leyenda.

En las crónicas de *El minuterero*, López Velarde demostró que lo fugaz perdura gracias a la intensidad con que es percibido. El reloj de la literatura no mide el paso de las horas: lo detiene.

Este prólogo dura unos minutos. Lo que sigue es el tiempo sin tiempo de la poesía.

# A un imposible

---

Me arrancaré, mujer, el imposible  
amor de melancólica plegaria,  
y aunque se quede el alma solitaria  
huirá la fe de mi pasión risible.

Iré muy lejos de tu vista grata  
y morirás sin mi cariño tierno,  
como en las noches del helado invierno  
se extingue la llorosa serenata.

Entonces, al caer desfallecido  
con el fardo de todos mis pesares,  
guardaré los marchitos azahares  
entre los pliegues del nupcial vestido.

# La bizarra capital de mi estado...

---

*A Jesús B. González*

He de encomiar en verso sincerista  
la capital bizarra  
de mi Estado, que es un  
cielo cruel y una tierra colorada.

Una frialdad unánime  
en el ambiente, y unas recatadas  
señoritas con rostro de manzana,  
ilustraciones prófugas  
de las cajas de pasas.

Católicos de Pedro el Ermitaño  
y jacobinos de época terciaria.  
(Y se odian los unos a los otros  
con buena fe.)

Una típica montaña  
que, fingiendo un corcel que se encabrita,  
al dorso lleva una capilla, alzada  
al Patrocinio de la Virgen.



Altas

y bajas del terreno, que son siempre  
una broma pesada.

Y una Catedral, y una campana  
mayor que cuando suena, simultánea  
con el primer clarín del primer gallo,  
en las avemarías, me da lástima  
que no la escuche el Papa.

Porque la cristiandad entonces clama  
cual si fuese su queja mas urgida  
la vibración metálica,  
y al concurrir ese clamor concéntrico  
del bronce, en el ánimo del ánimo,  
se siente que las aguas  
del bautismo nos corren por los huesos  
y otra vez nos penetran y nos lavan.

# Mi prima Águeda

---

*A Jesús Villalpando*

Mi madrina invitaba a mi prima Águeda  
a que pasara el día con nosotros,  
y mi prima llegaba  
con un contradictorio  
prestigio de almidón y de temible  
luto ceremonioso.

Águeda aparecía, resonante  
de almidón, y sus ojos  
verdes y sus mejillas rubicundas  
me protegían contra el pavoroso  
luto...

Yo era rapaz  
y conocía la *o* por lo redondo,  
y Águeda que tejía  
mansa y perseverante en el sonoro  
corredor, me causaba  
calosfríos ignotos...  
(Creo que hasta la debo la costumbre  
heroicamente insana de hablar solo.)

A la hora de comer, en la penumbra  
quieta del refectorio,

me iba embelesando un quebradizo  
sonar intermitente de vajilla  
y el timbre caricioso  
de la voz de mi prima.

Águeda era  
(luto, pupilas verdes y mejillas  
rubicundas) un cesto policromo  
de manzanas y uvas  
en el ébano de un armario añoso.

# A la gracia primitiva de las aldeanas

---

*A Luis Rosado Vega*

Hambre y sed padezco: Siempre me he negado  
a satisfacerlas en los turbadores  
gozos de ciudades —flores de pecado—.  
Esta hambre de amores y esta sed de ensueño  
que se satisfagan en el ignorado  
grupo de muchachas de un lugar pequeño.

Vasos de devoción, arcas piadosas  
en que el amor jamás se contamina;  
jarras cuyas paredes olorosas  
dan al agua frescura campesina...

Todo eso sois muchachas cortijeras  
amigas del buen sol que os engalana,  
que adivináis las cosas venideras  
cual hacerlo pudiese una gitana.

Amo vuestros hechizos provincianos,  
muchachas de los pueblos y mi vida  
gusta beber del agua contenida  
en el hueco que forman vuestras manos.

Pláceme en los convites campesinos,  
cuando la sombra juega en los manteles,  
veros dar la locura de los vinos,  
pan de alegría y ramos de claveles.

En el encanto de la humilde calle  
sois a un tiempo, asomadas a la reja,  
el son de esquilas, la alternada queja  
de las palomas, y el olor del valle.

Buenas mozas: no abrigo más empeños  
que oír vuestras canciones vespertinas,  
llegando a confundirme en las esquinas  
entre el grupo de novios lugareños.

Mi hambre de amores y mi sed de ensueño  
que se satisfagan en el ignorado  
grupo de doncellas de un lugar pequeño.

# No me condenes

---

Yo tuve, en tierra adentro, una novia muy pobre:  
ojos inusitados de sulfato de cobre.  
Llamábase María; vivía en un suburbio,  
y no hubo entre nosotros ni sombra ni disturbio.  
Acabamos de golpe: su domicilio estaba  
contiguo a la estación de los ferrocarriles,  
y ¿qué noviazgo puede ser duradero entre  
campanadas centrífugas y silbatos febriles?

El reloj de su sala desgajaba las ocho;  
era diciembre, y yo departía con ella  
bajo la limpidez glacial de cada estrella.  
El gendarme, remiso a mi intriga inocente,  
hubo de ser, al fin, forzoso confidente.

María se mostraba incrédula y tristona:  
yo no tenía traza de una buena persona.  
¿Olvidarás acaso, corazón forastero,  
el acierto nativo de aquella señorita  
que oía y desoía tu pregón embustero?

Su desconfiar ingénito era ratificado  
por los perros noctívagos, en cuya algarabía  
reforzábase el duro presagio de María.

¡Perdón, María! Novia triste, no me condenes;  
cuando oscile el quinqué y se abatan las ocho,  
cuando el sillón te mezca, cuando ululen los trenes,  
cuando trabes los dedos por detrás de tu nuca,  
no me juzgues más pérfido que uno de los silbatos  
que turban tu faena y tus recatos.

# Hermana, hazme llorar...

---

Fuensanta:

dame todas las lágrimas del mar.

Mis ojos están secos y yo sufro  
unas inmensas ganas de llorar.

Yo no sé si estoy triste por el alma  
de mis fieles difuntos  
o porque nuestros mustios corazones  
nunca estarán sobre la tierra juntos.

Hazme llorar, hermana,  
y la piedad cristiana  
de tu manto inconsútil  
enjúgueme los llantos con que llore  
el tiempo amargo de mi vida inútil.

Fuensanta:

¿tú conoces el mar?

Dicen que es menos grande y menos hondo  
que el pesar.

Yo no sé ni por qué quiero llorar:  
será tal vez por el pesar que escondo,  
tal vez por mi infinita sed de amar.

Hermana:

dame todas las lágrimas del mar...



# Mi corazón se amerita

---

*A Rafael López*

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Yo lo sacara al día, como lengua de fuego  
que se saca de un íntimo purgatorio a la luz;  
y al oírlo batir su cárcel, yo me anego  
y me hundo en la ternura remordida de un padre  
que siente, entre sus brazos, latir un hijo ciego.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Placer, amor, dolor..., todo le es ultraje  
y estimula su cruel carrera logarítmica,  
sus ávidas mareas y su eterno oleaje.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Es la mitra y la válvula... Yo me lo arrancaría  
para llevarlo en triunfo a conocer el día,  
la estola de violetas en los hombros del Alba,  
el cingulo morado de los atardeceres,  
los astros, y el perímetro jovial de las mujeres.

Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.  
Desde una cumbre enhiesta yo lo he de lanzar  
como sangriento disco a la hoguera solar.

Así extirparé el cáncer de mi fatiga dura,  
será impasible por el Este y el Oeste,  
asistiré con una sonrisa depravada  
a las ineptitudes de la inepta cultura,  
y habrá en mi corazón la llama que le preste  
el incendio sinfónico de la esfera celeste.

# El piano de Genoveva

---

Piano llorón de Genoveva, doliente piano  
que en tus teclas resumes de la vida el arcano;  
piano llorón, tus teclas son blancas y son negras,  
como mis días negros, como mis blancas horas;  
piano de Genoveva que en la alta noche lloras,  
que hace muchos inviernos crueles que no te alegras,  
tu música es historia de poéticos males:  
habla de encantamientos y de princesas reales,  
de los pequeños novios que por robar los nidos  
una tarde nublada se quedaron perdidos  
en el bosque; y nos cuenta de la niña agraciada  
que recibió regalos de sus once madrinas,  
que no invitó a la otra a sus bodas divinas  
y que sufrió por ello los enojos del hada.

Me pareces, oh piano, por tu voz lastimera,  
una caja de lágrimas, y tu oscura madera  
me evoca la visita del primer ataúd  
que recibí en mi casa en plena juventud.

Piano de Genoveva, te amo por indiscreto;  
de tu alma a todo el mundo revelas el secreto;  
cuentas, uno por uno, todos tus desengaños.

Piano llorón, la hermosa más hermosa del valle  
se nos ha vuelto triste por que tiene treinta años  
y no hay por todo el pueblo quien ronde por su calle.

Genoveva, regálame tu amor crepuscular:  
esos dulces treinta años yo los puedo adorar.  
¡Ruégala tú que al menos, pobre piano llorón,  
con sus plantas minúsculas me pise el corazón!

# Para tus pies

---

Hoy te contemplo en el piano, señora mía, Fuensanta,  
las manos sobre las teclas, en los pedales la planta,  
y ambiciona santamente la dicha de los pedales  
mi corazón, por estar bajo tus pies ideales.

Porque yo sé de tu planta ser de todas la más pura,  
tu planta sabe las rutas sangrientas de la Pasión,  
que por ir tras Jesucristo por calles de la Amargura  
dejó el sendero de lirios de Belkis y Salomón.

Y así te imploro, Fuensanta, que en mi corazón camines  
para que tus pies aromen la pecaminosa entraña,  
cuyos senderos polvosos y desolados jardines  
te han de devolver en rosas la más estéril cizaña.

En las tertulias de noches de prolongada vigilia,  
en el piano me pareces moderna Santa Cecilia  
que cual solícita novia, con sus armónicos pies,  
con la magia de los ojos y el milagro del sonido,  
venciendo horas y distancia me lleva siempre a través  
de los valles lacrimosos, al Paraíso Perdido.

# Nuestras vidas son péndulos

---

¿Dónde estará la niña  
que en aquel lugarejo  
una noche de baile  
me habló de sus deseos  
de viajar, y me dijo  
su tedio?

Gemía el vals por ella,  
y ella era un boceto  
lánguido: unos pendientes  
de ámbar, y un jazmín  
en el pelo.

Gemían los violines  
en el torpe quinteto...  
E ignoraba la niña  
que al quejarse de tedio  
conmigo, se quejaba  
con un péndulo.

Niña que me dijiste  
en aquel lugarejo  
una noche de baile  
confidencias de tedio:

dondequiera que exhales  
tu suspiro discreto,  
nuestras vidas son péndulos...

Dos péndulos distantes  
que oscilan paralelos  
en una misma bruma  
de invierno.

# Me estás vedada tú...

---

¿Imaginas acaso la amargura  
que hay en no convivir  
los episodios de tu vida pura?

Me está vedado conseguir que el viento  
y la llovizna sean comedidos  
con tu pelo castaño.

Me está vedado oír en los latidos  
de tu paciente corazón (sagrario  
de dolor y clemencia),  
la fórmula escondida  
de mi propia existencia.

Me está vedado, cuando te fatigas  
y se fatiga hasta tu mismo traje,  
tomarte en brazos, como quien levanta  
a su propia ilusión incorruptible  
hecha fantasma que renuncia al viaje.

Despertarás una mañana gris  
y verás, en la luna de tu armario,  
desdibujarse un puño  
esquelético, y ante el funerario



aviso, gritarás las cinco letras  
de mi nombre, con voz pálida y floja,  
¡y yo me hallaré ausente  
de tu final congoja!

¿Imaginas acaso  
mi amargura impotente?  
Me estás vedada tú... Soy un fracaso  
de confesor y médico que siente  
perder a la mejor de sus enfermas  
y a su más efusiva penitente.

## Que sea para bien...

---

Ya no puedo dudar... Diste muerte a mi cándida  
niñez, toda olorosa a sacristía, y también  
diste muerte al liviano chacal de mi cartuja.  
Que sea para bien...

Ya no puedo dudar... Consumaste el prodigio  
de, sin hacerme daño, sustituir mi agua clara  
con un licor de uvas... Y yo bebo  
el licor que tu mano me depara.

Me revelas la síntesis de mi propio zodiaco:  
el León y la Virgen. Y mis ojos te ven  
apretar en los dedos —como un haz de centellas—  
éxtasis y placeres. Que sea para bien...

Tu palidez denuncia que en tu rostro  
se ha posado el incendio y ha corrido la lava...  
Día último de marzo; emoción, aves, sol...  
Tu palidez volcánica me agrava.

¿Ganaste ese prodigio de pálida vehemencia  
al huir, con un viento de ceniza,  
de una ciudad en llamas? ¿O hiciste penitencia  
revolcándote encima del desierto? ¿O, quizá,

te quedaste dormida en la vertiente  
de un volcán, y la lava corrió sobre tu boca  
y calcinó tu frente?

¡Oh tú, reveladora, que traes un sabor  
cabal para mi vida, y la entusiasmas:  
tu triunfo es sobre un motín de satiresas  
y un coro plañidero de fantasmas!

Yo estoy en la vertiente de tu rostro, esperando  
las lavas repentinas que me den  
un fulgurante goce. Tu victorial y pálido  
prestigio ya me invade... ¡Que sea para bien!

# Tenías un rebozo de seda...

---

*A Eduardo J. Correa*

Tenías un rebozo en que lo blanco  
iba sobre lo gris con gentileza  
para hacer a los ojos que te amaban  
un festejo de nieve en la maleza.

Del rebozo en la seda me anegaba  
con fe, como en un golfo intenso y puro,  
a oler abiertas rosas del presente  
y herméticos botones del futuro.

(En abono de mi sinceridad  
séame permitido un alegato:  
entonces era yo seminarista  
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato).

¿Guardas, flor del terruño, aquel rebozo  
de maleza y de nieve,  
en cuya seda me adormí, aspirando  
la quintaesencia de tu espalda leve?

# El perro de San Roque

---

Yo sólo soy un hombre débil, un espontáneo  
que nunca tomó en serio los sesos de su cráneo.

A medida que vivo ignoro más las cosas;  
no sé ni por qué encantan las hembras y las rosas,

Sólo estuve sereno, como en un trampolín,  
para saltar las nuevas cinturas de las Martas  
y con dedos maniáticos de sastre, medir cuartas  
a un talle de caricias ideado por Merlín.

Admiro el universo como un azul candado,  
gusto del cristianismo porque el Rabí es poeta,  
veo arriba el misterio de un único cometa  
y adoro en la Mujer el misterio encarnado.

Quiero a mi siglo; gozo de haber nacido en él;  
los siglos son en mi alma rombos de una pelota  
para la dicha varia y el calosfrío cruel  
en que cesa la media y lo crudo se anota.

He oído la rechifla de los demonios sobre  
mis bancarrota chuscas de pecador vulgar,  
y he mirado a los ángeles y arcángeles mojar  
con sus lágrimas de oro mi vajilla de cobre.

Mi carne es combustible y mi conciencia parda;  
efímeras y agudas refulgen mis pasiones  
cual vidrios de botella que erizaron la barda  
del gallinero, contra los gatos y ladrones.

¡Oh, Rabí, si te dignas, está bien que me orientes:  
he besado mil bocas, pero besé diez frentes!

Mi voluntad es labio y mi beso es el rito...  
¡Oh, Rabí, si te dignas, bien está que me encauces;  
como el can de San Roque, ha estado mi apetito  
con la vista en el cielo y la antorcha en las fauces!

# Memorias del circo

---

*A Carlos González Peña*

Los circos trashumantes,  
de lamido perrillo enciclopédico  
y desacreditados elefantes,  
me enseñaron la cómica friolera  
y las magnas tragedias hilarantes.

El aeronauta previo,  
colgado de los dedos de los pies,  
era un bravo cosmógrafo al revés  
que, si subía hasta asomarse al Polo  
Norte, o al Polo Sur, también tenía  
cuestiones personales con Eolo.

Irrumpía el payaso  
como una estridencia  
ambigua, y era a un tiempo  
manicomio, niñez, golpe contuso,  
pesadilla y licencia.

Amábanlo los niños  
porque salía de una bodega mágica  
de azúcares. Su faz sólo era trágica

por dos lágrimas sendas de carmín.  
Su polvorosa apariencia toleraba  
tenerlo por muy limpio o por muy sucio,  
y un cónico bonete era la gloria  
inestable y procaz de su occipucio.

El payaso tocaba a la amazona  
y la hallaba de almendra,  
a juzgar por la mímica fehaciente  
de toda su persona  
cuando llevaba el dedo temerario  
hasta la lengua cínica y glotona.  
Un día en que el payaso dio a probar  
su rastro de amazona al ejemplar  
señor Gobernador de aquel Estado,  
comprendí lo que es  
Poder Ejecutivo aturrullado.

¡Oh remoto payaso: en el umbral  
de mi infancia derecha  
y de mis virtudes recién nacidas  
yo no puedo tener una sospecha  
de amazonas y almendras prohibidas!

Estas almendras raudas  
hechas de terciopelos y de trinos  
que no nos dejan ni tocar sus caudas...



Los adioses baldíos  
a las augustas Evas redivivas  
que niegan la migaja, pero inculcan  
en nuestra sangre briosa una patética  
mendicidad de almendras fugitivas...

Había una menuda cuadrumana  
de enagüilla de céfiro  
que, cabalgando por el redondel  
con azoros de humana,  
vencía los obstáculos de inquina  
y los aviesos aros de papel.

Y cuando a la erudita  
cavilación de Darwin  
se le montaba la enagüilla obscena,  
la avisada monita  
se quedaba serena.  
como ante un espejismo,  
despreocupada lastimosamente  
de su desmantelado transformismo.

La niña Bell cantaba:  
“Soy la paloma errante”;  
y de botellas y de cascabeles  
surtía un abundante  
surtidor de sonidos  
acuáticos, para la sed acuática

de papás aburridos,  
nodriza inverecunda  
y prole gemebunda.

¡Oh memoria del circo! Tú te vas  
adelgazando en el frecuente síncope  
del latón sin compás;  
en la apesadumbrada  
somnolencia del gas;  
en el talento necio  
del domador aquel que molestaba  
a los leones hartos, y en el viudo  
oscilar del trapecio...

# Hormigas

---

A la cálida vida que transcurre canora  
con garbo de mujer sin letras ni antifaces,  
a la invicta belleza que salva y que enamora,  
responde, en la embriaguez de la encantada hora,  
un encono de hormigas en mis venas voraces.

Fustigan el desmán del perenne hormiguelo  
el pozo del silencio y el enjambre del ruido,  
la harina rebanada como doble trofeo  
en los fértiles bustos, el Infierno en que creo,  
el estertor final y el preludio del nido.

Mas luego mis hormigas me negarán su abrazo  
y han de huir de mis pobres y trabajados dedos  
cual se olvida en la arena un gélido bagazo;  
y tu boca, que es cifra de eróticos desnudos,  
tu boca, que es mi rúbrica, mi manjar y mi adorno,  
tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo  
como réproba llama saliéndose de un horno,  
en una turbia fecha de cierzo gemebundo  
en que ronde la luna porque robarte quiera,  
ha de oler a sudario y a hierba machacada,  
a droga y a responso, a pabilo y a cera.

Antes de que deserten mis hormigas, Amada,  
déjalas caminar camino de tu boca  
a que apuren los viáticos del sanguinario fruto  
que desde sarracenos oasis me provoca.

Antes de que tus labios mueran, para mi luto,  
dámelos en el crítico umbral del cementerio  
como perfume y pan y tósigo y cauterio.

# La lágrima...

---

Enigma  
de la azucena esquinada  
que orna la cadavérica almohada;

encima  
del soltero dolor empedernido  
de yacer como imberbe congregante  
mientras los gatos erizan el ruido  
y forjan una patria espeluznante;

encima  
del apetito nunca satisfecho  
de la cal  
que demacró las conciencias livianas,  
y del desencanto profesional  
con que saltan del lecho  
las cortesanas;

encima  
de la ingenuidad casamentera  
y del descalabro que nada espera;

encima  
de la huesa y del nido,  
la lágrima salobre que he bebido.

Lágrima de infinito  
que eternizaste el amoroso rito;  
lágrima en cuyos mares  
goza mi áncora su naufrago baño  
y esquilmo los vellones singulares  
de un compungido rebaño;  
lágrima en cuya gloria se refracta  
el iris fiel de mi pasión exacta;  
lágrima en que navegan sin pendones  
los mástiles de las consternaciones;  
lágrima con que quiso  
mi gratitud, salar el Paraíso;  
lágrima mía, en ti me encerraría,  
debajo de un deleite sepulcral,  
como un vigía  
en su salobre y mórbido fanal.

# El retorno maléfico

---

*A D. Ignacio I. Gastélum*

Mejor será no regresar al pueblo,  
al edén subvertido que se calla  
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,  
los dignatarios de cúpula oronda,  
han de rodar las quejas de la torre  
acribillada en los vientos de fronda.

Y la fusilería grabó en la cal  
de todas las paredes  
de la aldea espectral,  
negros y aciagos mapas,  
porque en ellos leyese el hijo pródigo  
al volver a su umbral  
en un anochecer de maleficio,  
a la luz de petróleo de una mecha  
su esperanza deshecha.

Cuando la tosca llave enmohecida  
tuerza la chirriante cerradura,  
en la añeja clausura

del zaguán, los dos púdicos  
medallones de yeso,  
entornando los párpados narcóticos,  
se mirarán y se dirán: “¿Qué es eso?”

Y yo entraré con pies advenedizos  
hasta el patio agorero  
en que hay un brocal ensimismado,  
con un cubo de cuero  
goteando su gota categórica  
como un estribillo plañidero.

Si el sol inexorable, alegre y tónico,  
hace hervir a las fuentes catecúmenas  
en que bañábase mi sueño crónico;  
si se afana la hormiga;  
si en los techos resuena y se fatiga  
de los buches de tórtola el reclamo  
que entre las telarañas zumba y zumba;  
mi sed de amar será como una argolla  
empotrada en la losa de una tumba.

Las golondrinas nuevas, renovando  
con sus noveles picos alfareros  
los nidos tempraneros;  
bajo el ópalo insigne  
de los atardeceres monacales,  
el lloro de recientes recentales



por la ubérrima ubre prohibida  
de la vaca, rumiante y faraónica,  
que al párvulo intimida;  
campanario de timbre novedoso;  
remozados altares;  
el amor amoroso  
de las parejas pares;  
noviazgos de muchachas  
frescas y humildes, como humildes coles,  
y que la mano dan por el postigo  
a la luz de dramáticos faroles;  
alguna señorita  
que canta en algún piano  
alguna vieja aria;  
el gendarme que pita...  
... Y una íntima tristeza reaccionaria.

# Mi villa

---

Si yo jamás hubiera salido de mi villa,  
con una santa esposa tendría el refrigerio  
de conocer el mundo por un solo hemisferio.

Tendría, entre corceles y aperos de labranza,  
a Ella, como octava bienaventuranza.

Quizá tuviera dos hijos, y los tendría  
sin un remordimiento ni una cobardía.

Quizá serían huérfanos, y cuidándolos yo,  
el niño iría de luto, pero la niña no.

¿No me hubieras vivido, tú, que fuiste una aurora,  
una granada roja de virginales gajos,  
una devota de María Auxiliadora  
y un misterio exquisito con los párpados bajos?

Hacia tu pie, hermosura y alimento del día,  
recién nacidos, piando y piando de hambre  
rodaran los pollitos, como esferas de estambre.

Quiero otra vez mis campos, mi villa y mi caballo  
que en el sol y en la lluvia lanza a mitad del viaje  
su relincho, penacho gozoso del paisaje.

Corazón que en fatigas de vivir vas a nado  
y que estás florecido, como está la cadera  
de Venus, y ceniciento cual la madera  
en que grabó su puño de ánima el condenado:  
tu tarde será simple, de ejemplar feligrés  
absorto en el perfume de hogareños panqués  
y que en la resolana se santigua a las tres.

Corazón; te reservo el mullido descanso  
de la coqueta villa en que el señor mi abuelo  
contaba las cosechas con su pluma de ganso.

La moza me dirá con su voz de alfeñique  
marchándose al rosario, que le abrace la falda  
ampulosa, al sonar el último repique.

Luego resbalaré por las frutales tapias  
en recuerdo fanático de mis yertas prosapias.

Y si la villa, enfrente de la jocosa luna,  
me reclama la pérdida de aquel bien que me dio,  
sólo podré jurarle que con otra fortuna  
el niño iría de luto, pero la niña no.

# El campanero

---

Me contó el campanero esta mañana  
que el año viene mal para los trigos.  
Que Juan es novio de una prima hermana  
rica y hermosa. Que murió Susana.  
El campanero y yo somos amigos.

Me narró amores de sus juventudes  
y con su voz cascada de hombre fuerte,  
al ver pasar los negros ataúdes  
me hizo la narración de mil virtudes  
y hablamos de la vida y de la muerte.

—¿Y su boda, señor?

—Cállate, anciano.

—¿Será para el invierno?

—Para entonces,

y si vives, aún cuando su mano  
me dé la Muerte, campanero hermano,  
haz doblar por mi ánima tus bronces.

# La tejedora

---

Tarde de lluvia en que se agravan  
al par que una íntima tristeza  
un desdén manso de las cosas  
y una emoción sutil y contrita que reza.

Noble delicia desdeñar  
con un desdén que no se mide,  
bajo el equívoco nublado:  
alba que se insinúa, tarde que se despide.

Sólo tú no eres desdeñada,  
pálida que al arrimo de la turbia vidriera,  
tejes en paz en la hora gris  
tejiendo los minutos de inmemorial espera.

Llueve con quedo sonsonete,  
nos da el relámpago luz de oro  
y entra un suspiro, en vuelo de ave fragante y húmeda,  
a buscar tu regazo, que es refugio y decoro.

¡Oh, yo podría poner mis manos  
sobre tus hombros de novicia  
y sacudirte en loco vértigo  
por lograr que cayese sobre mí tu caricia,

cual se sacude el árbol prócer  
(que preside las gracias floridas de un vergel)  
por arrancarle la primicia  
de sus hojas propectas y sus frutos de miel!

Pero pareces balbucir,  
toda callada y elocuente:  
“Soy un frágil otoño que teme maltratarse”  
e infiltras una casta quietud convaleciente  
y se te ama en una tutela suave y leal,  
como a una párvula enfermiza  
hallada por el bosque un día de vendaval.

Tejedora: teje en tu hilo  
la inercia de mi sueño y tu ilusión confiada;  
teje el silencio; teje la sílaba medrosa  
que cruza nuestros labios y que no dice nada;  
teje la fluida voz del Ángelus  
con el crujido de las puertas;  
teje la sístole y la diástole  
de los penados corazones  
que en la penumbra están alertas.

Divago entre quimeras difuntas y entre sueños  
nacientes, y propenso a un llanto sin motivo,  
voy, con el ánimo dispersa  
en el atardecer brumoso y efusivo,  
contemplándote, Amor, a través de una niebla

de pésame, a través de una cortina ideal  
de lágrimas, en tanto que tejes dicha y luto  
en un limbo sentimental.

# El viejo pozo

---

El viejo pozo de mi vieja casa  
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces  
se clavaba de codos, buscando el vaticinio  
de la tortuga, o bien el iris de los peces,  
es un compendio de ilusión  
y de históricas pequeñeces.

Ni tortuga, ni pez; sólo el venero  
que mantiene su estrofa concéntrica en el agua  
y que dio fe del ósculo primero  
que por 1850 unió las bocas  
de mi abuelo y mi abuela... ¡Recurso lisonjero  
con que los generosos hados  
dejan caer un galardón fragante  
encima de los desposados!  
Besarse, en un remedo bíblico, junto al pozo,  
y que la boca amada trascienda a fresco gozo  
de manantial, y que el amor se profundice,  
en la pareja que lo siente,  
como el hondo venero providente...

En la pupila líquida del pozo  
espejábanse, en años remotos, los claveles  
de una maceta; más la arquitectura



ágil de las cabezas de dos o tres corceles,  
prófugos del corral; más la rama encorvada  
de un durazno; y en época de mayor lejanía  
también se retrataban en el pozo  
aquellas adorables señoras en que ardía  
la devoción católica y la brasa de Eros;  
suaves antepasadas, cuyo pecho lucía  
descotado, y que iban, con tiesura y remilgo,  
a entrecerrar los ojos a un palco a la zarzuela,  
con peinados de torre y con vertiginosas  
peinetas de carey. Del teatro a la Vela  
Perpetua, ya muy lisas y muy arrebuajadas  
en la negrura de sus mantos.  
Evoco, todo trémulo, a estas antepasadas  
porque heredé de ellas el afán temerario  
de mezclar tierra y cielo, afán que me ha metido  
en tan graves aprietos en el confesionario.

En una mala noche de saqueo y de política  
que los beligerantes tuvieron como norma  
equivocar la fe con la rapiña, al grito  
de “¡Religión y Fueros!” y “¡Viva la Reforma!”,  
una de mis geniales tías,  
que tenía sus ideas prácticas sobre aquellas  
intempestivas griterías,  
y que en aquella lucha no siguió otro partido  
que el de cuidar los cortos ahorros de mi abuelo,  
tomó cuatro talegas y con un decidido

brazo las arrojó en el pozo, perturbando  
la expectación de la hora ingrata  
con un estrépito de plata.

Hoy cuentan que mi tía se aparece a las once  
y que, cumpliendo su destino  
de tesorera fiel, arroja sus talegas  
con un ahogado estrépito argentino.

Las paredes del pozo, con un tapiz de lama  
y con un centelleo de gotas cristalinas,  
eran como el camino de esperanza en que todos  
hemos llorado un poco... Y aquellas peregrinas  
veladas de mayo y junio  
mostráronme del pozo el secreto de amor:  
preguntaba el durazno: “¿Quién es Ella?”,  
y el pozo, que todo lo copiaba, respondía  
no copiando más que una sola estrella.

El pozo me quería senilmente; aquel pozo  
abundaba en lecciones de fortaleza, de alta  
discreción, y de plenitud...  
Pero hoy, que su enseñanza de otros tiempos me falta,  
comprendo que fui apenas un alumno vulgar  
con aquel taciturno catedrático,  
porque en mi diario empeño no he podido lograr  
hacerme abismo y que la estrella amada,  
al asomarse a mí, pierda pisada.

## Te honro en el espanto...

---

Ya que tu voz, como un muelle vapor, me baña  
y mis ojos, tributos a la eterna guadaña,  
por ti osan mirar de frente el ataúd;  
ya que tu abrigo rojo me otorga una delicia  
que es mitad friolenta, mitad cardenalicia,  
antes que en la veleta llore el póstumo alud;  
ya que por ti ha lanzado a la Muerte su reto  
la cerviz animosa del ardido esqueleto  
predestinado al hierro del fúnebre dogal;  
te honro en el espanto de una perdida alcoba  
de nigromante, en que tu yerta faz se arroba  
sobre una tibia, como sobre un cabezal;  
y porque eres, Amada, la armoniosa elegida  
de mi sangre, sintiendo que la convulsa vida  
es un puente de abismo en que vamos tú y yo,  
mis besos te recorren en devotas hileras  
encima de un sacrílego manto de calaveras  
como sobre una erótica ficha de dominó.

# Si soltera agonizas...

---

Amiga que te vas:  
quizá no te vea más.

Ante la luz de tu alma y de tu tez  
fui tan maravillosamente casto  
cual si me embalsamara la vejez.

Y no tuve otro arte  
que el de quererte para aconsejarte.

Si soltera agonizas,  
irán a visitarte mis cenizas.

Porque ha de llegar un ventarrón  
color de tinta, abriendo tu balcón.  
Déjalo que trastorne tus papeles,  
tus novenas, tus ropas, y que apague  
la santidad de tus lámparas fieles...

No vayas, encogido el corazón,  
a cerrar tus vidrieras  
a la tinta que riega el ventarrón.

Es que voy en la racha  
a filtrarme en tu paz, buena muchacha.

# El sueño de los guantes negros

---

Soñé que la ciudad estaba dentro  
del más bien muerto de los mares muertos  
Era una madrugada del invierno  
y lloviznaban gotas de silencio.

No más señal viviente, que los ecos  
de una llamada a misa, en el misterio  
de una capilla oceánica, a lo lejos.

De súbito me sales al encuentro,  
resucitada y con tus guantes negros.

Para volar a ti, le dio su vuelo  
el Espíritu Santo a mi esqueleto.

Al sujetarme con tus guantes negros  
me atrajiste al océano de tu seno,  
y nuestras cuatro manos se reunieron  
en medio de tu pecho y de mi pecho  
como si fueran los cuatro cimientos  
de la fábrica de los universos.

¿Conservas tu carne en cada hueso?  
El enigma de amor se veló entero  
en la prudencia de tus guantes negros.

¡Oh, prisionera del valle de México!  
Mi carne... de tu ser perfecto  
quedarán ya tus...  
y el traje, el traje aquel, con que tu cuerpo  
fue sepultado en el valle de México;  
y el figurín aquel, de pardo género  
que compraste en un viaje de recreo.

Pero en la madrugada de mi sueño,  
nuestras manos, en un circuito eterno  
la vida apocalíptica vivieron.

Un fuerte... como en un sueño,  
libre como cometa, y en su vuelo  
la ceniza y... del cementerio  
gusté cual rosa...

# Treinta y tres

---

La edad del Cristo azul se me acongoja  
porque Mahoma me sigue tiñendo  
verde el espíritu y la carne roja,  
y los talla, al beduino y a la hurí,  
como una esmeralda en un rubí.

Yo querría gustar del caldo de habas,  
mas en la infinidad de mi deseo  
se suspenden las sílfides que veo,  
como en la conservera las guayabas.

La piedra pómez fuera mi amuleto,  
pero mi humilde sino se contrista  
porque mi boca se instala en secreto  
en la femineidad del esqueleto  
con un escrúpulo de diamantista.

Afluye la parábola y flamea  
y gasto mis talentos en la lucha  
de la Arabia Feliz con Galilea.

Me asfixia, en una dualidad funesta,  
Ligia, la mártir de pestaña enhiesta,  
y de Zoraida la grupa bisiesta.

Plenitud de cerebro y corazón;  
oro en los dedos y en las sienas rosas;  
y el Profeta de cabras se perfila  
más fuerte que los dioses y las diosas.

¡Oh, plenitud cordial y reflexiva:  
regateas con Cristo las mercedes  
de fruto y flor, y ni siquiera puedes  
tu cadáver colgar en la impoluta  
atmósfera imantada de una gruta!



# Ser una casta pequeñez...

---

*A Alfonso Cravioto*

Fuérame dado remontar el río  
de los años, y en una reconquista  
feliz de mi ignorancia, ser de nuevo  
la fuente limpia y bárbara del niño...

Volver a ser el arrebol, y el húmedo  
pétalo, y la llorosa y pulcra infancia  
que deja el baño por secarse al sol...

Entonces, con instinto maternal,  
me subirías al regazo, para  
interrogarme, Amor, si eras querida  
hasta el agua inmanente de tu pozo  
o hasta el penacho tornadizo y frágil  
de tu naranjo en flor.

Yo, sintiéndome bien en la aromática  
vecindad de tus hombros y en la limpia  
fragancia de tus brazos,  
te diría quererte más allá  
de las torres gemelas.

Dejarías entonces en la bárbara  
novedad de mi frente  
el beso inaccesible  
a mi experiencia licenciosa y fúnebre.

¿Por qué en la tarde inválida,  
cuando los niños pasan por tu reja,  
yo no soy una casta pequeñez  
en tus manos adictas  
y junto a la eficacia de tu boca?

# La suave Patria

---

## Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita  
partitura del íntimo decoro,  
alzo hoy la voz a la mitad del foro  
a la manera del tenor que imita  
la gutural modulación del bajo  
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles  
con remos que no pesan, porque van  
como los brazos del correo chuan  
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:  
la Patria es impecable y diamantina.

Suave Patria: permite que te envuelva  
en la más honda música de selva  
con que me modelaste por entero  
al golpe cadencioso de las hachas,  
entre risas y gritos de muchachas  
y pájaros de oficio carpintero.

## Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,  
tus minas el palacio del Rey de Oros,  
y tu cielo, las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo  
y los veneros del petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela  
ojerosa y pintada, en carretela;  
y en tu provincia, del reloj en vela  
que rondan los palomos colipavos,  
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio  
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía  
es tan grande, que el tren va por la vía  
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,  
con tu mirada de mestiza, pones  
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,  
no miró, antes de saber del vicio,  
del brazo de su novia, la galana  
pólvora de los juegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín  
luces policromías de delfín,  
y con tu pelo rubio se desposa  
el alma, equilibrista chuparrosa,  
y a tus dos trenzas de tabaco sabe  
ofrendar aguamiel toda mi briosa  
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño  
su sonora miseria es alcancía;  
y por las madrugadas del terruño,  
en calles como espejos se vacía  
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,  
después, un paraíso de compotas,  
y luego te regalas toda entera  
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,  
que en tu lengua de amor prueben de ti  
la picadura del ajonjolí.  
¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena

de deleites frenéticos nos llena!  
Trueno de nuestras nubes, que nos baña  
de locura, enloquece a la montaña,  
requiebra a la mujer, sana al lunático,  
incorpora a los muertos, pide el Viático,  
y al fin derrumba las madererías  
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas  
crujir los esqueletos en parejas,  
oigo lo que se fue, lo que aún no toco  
y la hora actual con su vientre de coco.  
Y oigo en el brinco de tu ida y venida,  
oh trueno, la ruleta de mi vida.

## Intermedio

*(Cuauhtémoc)*

Joven abuelo: escúchame loarte,  
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,  
a tu nopal inclínase el rosal;  
al idioma del blanco, tú lo imantas  
y es surtidor de católica fuente  
que de responsos llena el victorial  
zócalo de cenizas de tus plantas.

No como a César el rubor patricio  
te cubre el rostro en medio del suplicio;  
tu cabeza desnuda se nos queda,  
hemisféricamente de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua  
todo lo que sufriste: la piragua  
prisionera , al azoro de tus crías,  
el sollozar de tus mitologías,  
la Malinche, los ídolos a nado,  
y por encima, haberte desatado  
del pecho curvo de la emperatriz  
como del pecho de una codorniz.

## Segundo acto

Suave Patria: tú vales por el río  
de las virtudes de tu mujerío.

Tus hijas atraviesan como hadas,  
o destilando un invisible alcohol,  
vestidas con las redes de tu sol,  
cruzan como botellas alambradas.

Suave Patria: te amo no cual mito,  
sino por tu verdad de pan bendito;  
como a niña que asoma por la reja

con la blusa corrida hasta la oreja  
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;  
creeré en ti, mientras una mejicana  
en su tápalo lleve los dobleces  
de la tienda, a las seis de la mañana,  
y al estrenar su lujo, quede lleno  
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía,  
en piso de metal, vives al día,  
de milagros, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,  
con tu misma grandeza y con tu igual  
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,  
un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vendedora de chía:  
quiero raptarte en la cuaresma opaca,  
sobre un garañón, y con matraca,  
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo  
para el ave que el párvulo sepulta



en una caja de carretes de hilo,  
y nuestra juventud, llorando, oculta  
dentro de ti el cadáver hecho poma  
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja  
desde el vergel de tu peinado denso  
frescura de rebozo y de tinaja,  
y si tiritito, dejas que me arroje  
en tu respiración azul de incienso  
y en tus carnosos labios de rompopo.

Por tu balcón de palmas bendecidas  
el Domingo de Ramos, yo desfilo  
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,  
cual muriéndose van las cantadoras  
que en las ferias, con el bravío pecho  
empitonando la camisa, han hecho  
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:  
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;  
cincuenta veces es igual el Ave  
taladrada en el hilo del rosario,  
y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;  
sedienta voz, la trigarante faja  
en tus pechugas al vapor; y un trono  
a la intemperie, cual una sonaja:  
la carretera alegórica de paja.



**Ramón  
López Velarde**  
**Poesía selecta**  
se terminó de editar  
en octubre de 2018 en las  
oficinas de la Editorial Universitaria  
José Bonifacio Andrada 2679  
Lomas de Guevara  
44657 Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin  
**Cuidado editorial**

Paola E. Vázquez Murillo  
**Diseño y diagramación**